

Del ciudadano propietario/trabajador al ciudadano consumidor. Economía, educación moral y ciudadanía en *El descontento democrático*, de Michael Sandel

SANDEL ANALIZA LOS DEBATES HISTÓRICOS QUE HAN RODEADO LA INDUSTRIALIZACIÓN, LA CREACIÓN DE BANCOS CENTRALES Y EL TRABAJO ASALARIADO. A TRAVÉS DE ÉL NOS INVITA A REFLEXIONAR SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LA ECONOMÍA Y LA DEMOCRACIA, Y A CONSIDERAR CÓMO PODEMOS CONSTRUIR SOCIEDADES QUE SEAN JUSTAS, PRÓSPERAS Y RESPETUOSAS CON LOS DERECHOS DE TODOS LOS CIUDADANOS

FRANCISCO B. SANTAMARÍA EGURROLA
francisco.santamaria@unir.net

A mediados del siglo XIX, George Fitzhugh, un teórico social esclavista y racista, argumentaba que “el capital ejerce una coacción más perfecta sobre los trabajadores libres que la que los amos humanos ejercen sobre los esclavos, pues los obreros libres están obligados en todo momento a trabajar para no morir de hambre, mientras que a los esclavos se les mantiene, trabajen o no. [...] Aunque ningún trabajador libre concreto tiene un amo en particular, sus necesidades y el capital de otros hombres hacen de él un esclavo sin amo (o con demasiados de ellos, lo que es tan malo como no tener ninguno)”. Lo interesante de esta cita, lógicamente, no es su defensa de la esclavitud,

En el centro de estas discusiones se encontraba la preocupación por la posible erosión de la autonomía y la libertad individual en un contexto de creciente industrialización y capitalismo



sino su argumento contra el trabajo asalariado.

La referencia a Fitzhugh cobra interés enmarcada, como hace Michael Sandel en su último libro, *El descontento democrático*, dentro de la disputa que Estados Unidos arrastraba desde su fundación

acerca de cuál debería ser el régimen económico apropiado para una nueva nación formada por ciudadanos libres. Lo relevante de la discusión económica a mediados del siglo XIX eran las suspicacias que el trabajo asalariado despertaba en la política. Algunos, sin necesidad de defender, como era el caso de Fitzhugh, el régimen esclavista, consideraban que la persona asalariada realmente no podía ser libre, pues consideraban la independencia económica una exigencia de la ciudadanía, que, a su vez, requería la posesión de propiedades.

Sandel nos lleva de la mano a lo largo de un recorrido histórico a través de los debates que se fueron librando en Estados Unidos acerca de la conveniencia o no de la industrialización, de la existencia o no de un banco central, de cuál era el papel que cumplían la industria

manufacturera y los pequeños artesanos, de si el trabajo asalariado —como se ha mencionado ya— era apropiado para un ciudadano, de si había que proteger a los pequeños comerciantes frente a las cadenas de distribución, los *trusts* empresariales y las grandes corporaciones, etcétera. Sandel muestra cómo, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la razón de ser de las discusiones fue la presencia —mayor en tiempos pretéritos y escasa en tiempos más recientes— de pensadores y políticos convencidos de que la condición de ciudadano puede quedar comprometida según sea la organización económica de la sociedad. Es a lo que Sandel denomina “economía política de la ciudadanía”.

El profesor de Harvard argumenta en su libro que, mientras en la actualidad las discusiones políticas sobre economía se centran en la mayor o menor creación de riqueza y en su adecuada distribución, existe una larga tradición política —la versión republicana de la democracia— para la cual la cuestión medular no es ésta, sino si la organización económica de la sociedad garantiza el poder político de los ciudadanos. En la tradición republicana, el ciudadano es, antes que nada; en concreto, antes que un usufructuario de derechos, un protagonista activo de la política. Lo que define al ciudadano no es que pueda disfrutar de derechos, sino que participa en las decisiones públicas, que tiene voz y voto, capacidad decisoria. Esa concepción de la ciudadanía se considera solidaria de unas determinadas condiciones económicas en la estructura social.

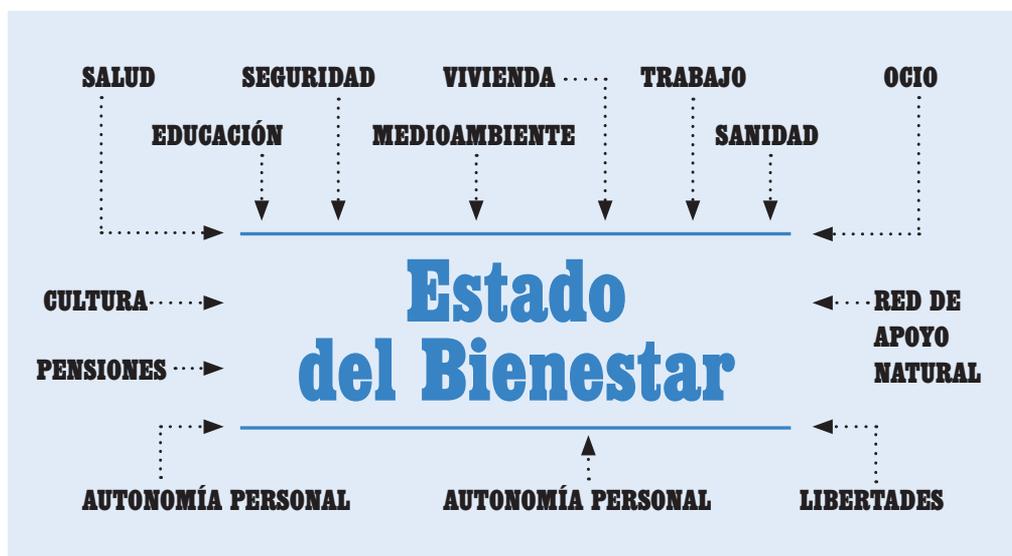
Para comprender qué significa esto último, hay que precisar que, en la concepción republicana de



En la actualidad las discusiones políticas sobre economía se centran en la mayor o menor creación de riqueza y en su adecuada distribución

la ciudadanía, ésta no se reduce al voto —la versión liberal individualista de la democracia también cuenta con el voto— sino a que son los ciudadanos quienes establecen cuál es el bien común. Frente a la versión liberal hoy en boga, la republicana entiende que los ciudadanos comparten bienes comunes y que la ciudadanía reside, precisamente, en no quedar al margen de su definición. La aludida suspicacia manifestada por muchos pensadores políticos frente a la industrialización de los Estados Unidos, la existencia de una banca estatal o la formación de *trusts*, por ejemplo, procedía del temor a que la pérdida de poder económico de los ciudadanos conllevara su desempoderamiento político. La concentración tanto de poder económico como del político era considerada una amenaza seria para el autogobierno de los ciudadanos. También constituye un elemento nuclear de este republicanismo el carácter formativo moral que

atribuye a la estructura económica. Quienes defendían, al principio, la importancia de poseer tierras y, más adelante, la posesión de una pequeña industria manufacturera o de un pequeño negocio hilaban el poder político con el económico, y consideraban a la vez que, sin las exigencias de responsabilidad, laboriosidad, etcétera, a las que obliga el ser propietario, se acaban perdiendo también las cualidades morales de la ciudadanía. La comunidad política exige —en esa visión— unas determinadas cualidades morales en sus ciudadanos, tanto en su vida personal como en su proyección pública. Resulta característico de esta tradición política considerar la cualificación moral del ciudadano un requisito para la buena marcha de la democracia y entender, a su vez, que tal cualificación moral resulta condicionada por la estructura económica. En su recorrido histórico, Sandel muestra cómo, tras la Segunda



Guerra Mundial, acabó imponiéndose en Estados Unidos la versión del ciudadano-consumidor frente a la de ciudadano-trabajador productivo. La implantación del Estado del bienestar y el triunfo de la economía keynesiana desplazaron el compromiso del ciudadano con la comunidad política, que fue sustituido por la garantía de poder disponer de la propia vida. El Estado del bienestar garantizaba que cada ciudadano pudiera configurar más libremente su proyecto personal de vida: aportaba una disponibilidad económica gracias a la cual el individuo se podía sentir más libre de su propio destino. Se trataba entonces, no de una ganancia de poder político, sino de una mayor libertad personal. El valor del trabajo se desplazó también de su aportación al bien de la colectividad a su consideración como garantía de una vida independiente. Ello, junto con la pujanza económica experimentada por Estados Unidos configuró la transformación del estadounidense de clase media en un ciudadano-consumidor. Este desplazamiento —explica

Sandel— resultó, si se me permite la expresión, metabolizado por la propuesta política de John Rawls. Como es sabido, la filosofía pública del autor de *Teoría de la justicia* y de *Liberalismo político* pivota sobre la consideración de la libertad individual como principal valor que ha de garantizarse. Ciertamente, su pensamiento representa un gran ejercicio filosófico para articular libertad individual y justicia en sociedades profundamente marcadas por el pluralismo filosófico, moral y religioso. Es también sabido que, en su respuesta, la justicia queda reducida a una cuestión procedimental (*fairness*) en la que su famoso “velo de la ignorancia” impele a que los ciudadanos actúen ignorando todo lo que saben sobre sí mismos, incluidas las propias ideas acerca del bien. El pluralismo sólo resultaría posible eligiendo procedimientos justos de tomas de decisiones, sin que las propias ideas acerca de lo bueno o lo malo puedan comparecer. El consenso básico del Estado del bienestar —su *overlapping consensus* o consenso entrecruzado— representa

En Estados Unidos acabó imponiéndose la versión del ciudadano-consumidor frente a la de ciudadano-trabajador productivo

para Rawls el conjunto de valores básicos en que las doctrinas comprensivas (las omni-abarcentes doctrinas filosóficas, morales o religiosas presentes en una sociedad) podrían encontrarse entre sí, con la condición de ser razonables; es decir, con la condición de renunciar a hacer valer en la discusión pública aquello de sus doctrinas que pueda romper ese consenso básico ya existente. Esto es, precisamente, lo que Sandel descalifica como “república procedimental”; una comunidad política en la que los ciudadanos han de renunciar a sus concepciones sobre lo bueno y lo malo, en aras de un supuesto consenso básico que nos obligaría a limitar nuestras ideas de justicia a una cuestión de procedimientos válidos para el juego político. En opinión de Sandel, esa retracción moral de los ciudadanos representa su desempoderamiento político porque tal inhibición hace que las cuestiones públicas y, en concreto, las decisiones políticas sobre la economía dejen de ser discutidas en términos de justicia. De esta forma es como el poder económico acaba fagocitando al político. Sandel dedica el epílogo de *El descontento democrático* en la edición de 2023 —el libro tiene una primera edición de 1996— a demostrar esto. En su edición actual, Sandel lleva a cabo una pormenorizada revisión de las decisiones de política económica habidas en los últimos cuarenta años y presenta un cuadro bastante convincente de una sucesión de decisiones políticas mediante las cuales se adoptaban, como si fuesen cuestiones meramente técnicas, medidas económicas que, realmente, eran políticas y que acabaron convirtiendo los Estados Unidos en una plutocracia dirigida por

Sandel pone el acento en la responsabilidad ciudadana más que en la posibilidad de reclamar derechos

las grandes fortunas, las grandes compañías y los fondos de inversión. Fue esta situación, entiende Sandel, la que hizo estallar la burbuja inmobiliaria, la que dañó profundamente a muchas empresas y la que hizo que muchos trabajadores —desvalorados por carecer de título universitario— acabaran en el paro. Lo siguiente fue Donald Trump.

Recapitulando, podemos decir que en *El descontento democrático* asistimos a una argumentación de hasta qué punto la concepción republicana de la ciudadanía (la ciudadanía entendida como autogobierno de los ciudadanos) va de la mano de una “economía política de la ciudadanía” y de una concepción formativa de dicha economía. Cabría decir, apartándonos un poco de las palabras de Sandel, pero no de su argumento, que, si el ciudadano ha de ser considerado algo más que un “consumidor” de bienes materiales y de derechos, la organización económica de la sociedad ha de incorporar elementos formativos que aseguren ciertas virtudes ciudadanas en los miembros de la comunidad política. La democracia es fuerte si los ciudadanos se sienten responsables del bien común y si perciben



que su capacidad de autogobierno se encuentra protegida frente a la peligrosa concentración de poder económico, lograda mediante la connivencia de las élites políticas. El estudio de Sandel presenta una propuesta muy interesante en el grado en que pone el acento en la responsabilidad ciudadana, en vez de en la posibilidad de reclamar derechos. La importancia que en esta propuesta cobran las virtudes cívicas, el papel que atribuye a los lazos comunitarios próximos, así como la capacidad de configurar el bien común y de debatir acerca de lo que entendemos por una

vida buena, resultan elementos de lo más atractivos. Abrir el campo a la discusión sobre las diversas formas de entender qué es bueno o malo para la sociedad, también resulta reconfortante. Asimismo, es altamente positiva su insistencia en que la actividad económica se sujete a razones de justicia y, por ende, al control político; y ello, en su opinión, no tanto por motivos de justicia distributiva cuanto de respeto al bien común. En fin, nos encontramos ante un estudio muy bien armado y con grandes posibilidades de iluminar nuestro sentido cívico ●

PARA SABER MÁS: Sandel, Michael (2023). *El descontento democrático. En busca de una filosofía pública*. Debate.

IMÁGENES: Páginas 21 y 23: Diseñadas por Freepik.